

Se nos está olvidando platicar

Los hombres cada día dialogamos menos.

Hugo Estrada

El protagonista de la novela “El Túnel”, de Ernesto Sábato, es un indivi-

duo que se encuentra aislado, como dentro de una campana de vidrio; necesita comunicarse con los demás hombres, pero aquel muro de cristal se lo impide.

La novela del autor sudamericano es símbolo de nuestra sociedad moderna. En nuestros días se repiten miles de “eslógenes”, pero los hombres cada día dialogamos menos. Una sociedad que no sabe conversar es una sociedad que lleva dentro de sí el germen de la discordia, de la violencia, de la guerra.

El diálogo

El Concilio Vaticano II puso de moda el término “diálogo” para dar a entender una reunión de personas que se “encuentran” para intercambiar ideas, para exponer y para escuchar. El diálogo fue el secreto que empleó la iglesia como táctica para renovarse, para calar hondo en sus fallas y encontrar una posible solución. Todos hablaron: los de arriba, los de en medio y los de abajo.



En la pedagogía de Dios, el diálogo es algo esencial. Cada página de la Biblia es un diálogo de Dios con el hombre. En los orígenes, cuando Adán peca, y se esconde, es Dios quien va a su encuentro con una pregunta: “¿Dónde estás?” (Gen 1,9). Una pregunta le sirve a Dios para iniciar un diálogo, una plática serena que hará reflexionar a la primera pareja para reconocer su pecado y aceptar la oferta de perdón de Dios.

Más tarde Dios habla a los hombres por medio del cosmos, de los acontecimientos y de los profetas (Hbr 1, 2-2). Al final de los tiempos, es Jesús mismo quien viene a la tierra a entablar un diálogo vivo con la humanidad.

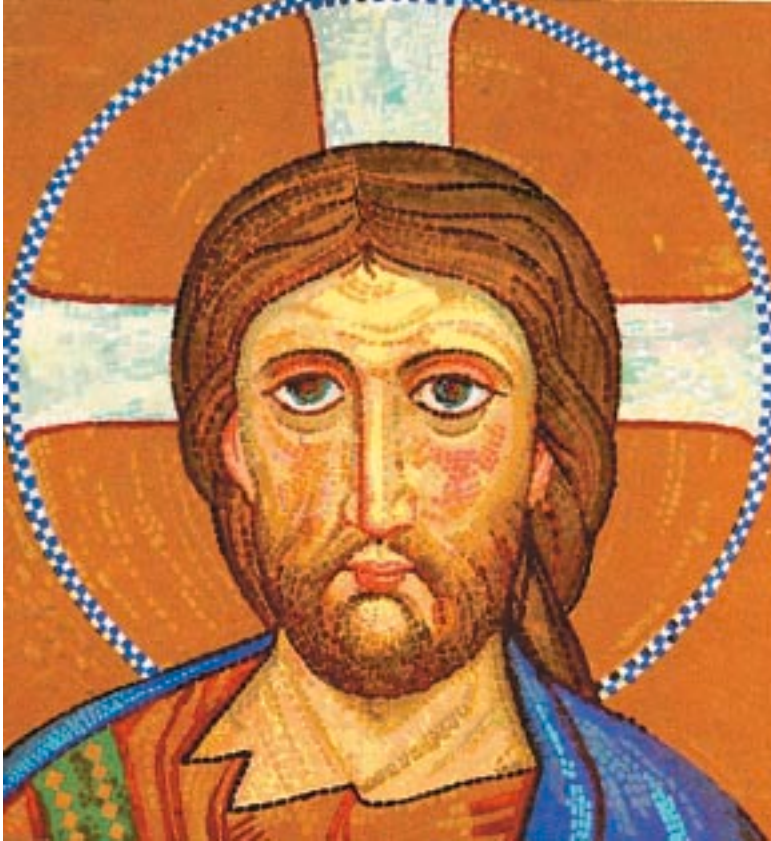
Jesús dialoga

Cada página del Evangelio es un diálogo de Dios con los hombres y mujeres. A Jesús se le encuentra continuamente conversando. Se le acerca un centurión romano –los judíos eran enemigos políticos de los romanos–; Jesús salva las diferencias políticas y atiende a aquel hom-

bre; luego le concede una gracia: la curación de uno de sus siervos.

Pacientemente, el Señor se sienta en el brocal de un pozo a esperar a una mujer de múltiples adulterios. Va a sacar agua al pozo a una hora en que por el calor nadie se aparece por aquel lugar. No quiere platicar con ninguno. Odia a todos los del pueblo porque la han criticado duramente. La llamamos, familiarmente, la mujer Samaritana. Al principio no desea conversar. Sus contestaciones al diálogo que Jesús desea iniciar, son ásperas; pero no encuentra frente para pelear; Jesús le va sacando a cucharadas las palabras, hasta que la mujer termina reflexionando sobre su vida disoluta –había sido mujer de seis maridos–. La samaritana terminó abriéndole a Jesús su corazón para que lo limpiara y le concediera ser “nueva criatura”.

A Jesús se le ve en el Evangelio siempre rodeado de ricos y pobres, de lisiados, ciegos, leprosos....Platica con todos y todas, para cada uno tiene una palabra adecuada.



A Jesús se le encuentra continuamente conversando.

Si se platicara....

Si se dialogara más entre los hombres y mujeres, habría más paz. Si marido y mujer, en lugar de sus “largos silencios de años”, o de “gritarse” mutuamente, un buen día se dedicaran a dialogar, a poner las cartas boca arriba, a “encontrarse”; si se dijeran lo que mutuamente les gusta o lo que les desagrada, se ahorrarían tantos ratos de silencioso sufrimiento, de amargura. Pero, por lo general, se calla, o se vocifera por orgullo. El silencio, muchas veces, no proviene de la humildad, sino que es signo de protesta. Marido y mujer unieron sus vidas para conversar y no para mirarse desde las esquinas del ring.

El diálogo es indispensable entre padres e hijos. Antes, los hijos debían oír solamente, mientras los padres “monologaban”. Los tiempos han cambiado. Ahora es preciso que hablen también los hijos, no para mandar a sus padres, sino para que sus padres puedan comprender sus puntos de vista, para que los puedan entender mejor, y ellos puedan aceptar más a sus padres. No hay que cerrar los ojos ante una realidad meridiana. En nuestras familias modernas conviven dos generaciones: la de los padres y la de los hijos, ambas con mentalidades muy diversas. Todo puede convertirse en un caos, si no hay “encuentro” entre esas dos generaciones, si padres e hijos no aceptan escuchar con respeto el punto de vista del otro.

Un caso práctico. En varias familias se libran batallas campales por motivo de la “música”. Los padres añoran la música sin par de “sus tiempos”. A los jóvenes los electriza las bocinas estereofónicas, a todo volumen, con música “pop”. La batalla no tendrá fin hasta que ambos bandos decidan comprenderse y respetarse. Cuando los jóvenes crezcan, les gustará la música de Mozart y de Wagner; pero, ahora, nadie les puede arrancar de las manos los discos de los cantantes de moda. Sólo el diálogo pondrá fin a la contienda. Entonces los padres sabrán cerrar un ojo, y los dos oídos, cuando escuchan la música moderna, y los hijos comprenderán que deben bajar el volumen de sus bocinas para no alterar los nervios de sus papás. Casos como éstos se podrían citar en general.

En tiempo extra

Cuando el buen ladrón estaba en la cruz, vio que ya todo estaba perdido para él. Pero se le ocurrió dialogar en ese momento crucial de su historia. “Señor-dijo-, acuérdate de mí cuando estés en tu reino”. La respuesta del Señor no se hizo esperar. El buen ladrón se salvó. En la actualidad hay tantos individuos que viven en medio del oleaje de palabras de la radio, de la televisión, del cine, y que, sin embargo, no saben platicar. Son almas mudas que tendrían tantas cosas que decir para vaciar de una vez su atribulado corazón. Si comenzaran por platicar con su vecino, para preguntarle cómo durmió la noche anterior, tal vez encontrarían, como el buen ladrón, el camino que los salvaría de su soledad y les permitiría, poco a poco, aprender a encontrarse con sus demás hermanos y hermanas; de allí sólo les faltaría un paso muy pequeño para encontrar a Dios y poder platicar también con El, como lo hicieron las gentes sencillas del Evangelio 